

## HISTORIA DE LOBOS :

### EDMOND HARAUCOURT Y RUBÉN DARÍO

Tal vez sea el lobo uno de los animales que con más frecuencia aparece en el folklore narrativo occidental, presentado, casi siempre, con caracterismos desfavorables ; piénsese en la fábula clásica de « El lobo y el cordero », en cuentos infantiles como « Caperucita roja », « El lobo y los siete cabritillos », « Los tres cerditos », etc. El lobo ha sido tradicionalmente emblema de crueldad, empleado a menudo, para representar la del hombre, según la bien conocida expresión de Plauto : « *Lupus est homo homini* ».

Es curioso observar que, una vez fijada nuestra atención sobre algo, animado o inanimado, o abstracto, lo que sea insiste en presentarse ante nosotros a la vuelta de cada esquina, o página, que volvemos. Así, el lobo de Haraucourt, que, impelido por el hambre, desentierra cadáveres, trae a la memoria el isabelino de dos dramas de John Webster, *The White Devil* y *The Duchess of Malfi*, que hace lo mismo ; este lobo, en el mundo de valores humanos trastocados de *The Waste Land* de T. S. Eliot, se convierte en perro, el tradicional « amigo del hombre » ; como el fragmento correspondiente del poema de Eliot incluye claras referencias a la *Divina comedia*, se piensa enseguida en la misteriosa loba del poema italiano, la cual, a su vez, resulta relacionable con la famélica loba de dos poemas de Antonio Machado, y ésta, cerrando este mínimo círculo, se enlaza con el lobo de Darío y Haraucourt<sup>1</sup>.

Quizá, lo único que espero sacar en limpio de esta comunicación sea conseguir que quienes la escuchen —o lean— empiecen a toparse con otros lobos literarios, tan inofensivos ellos, atrayendo así su atención a lo que algún erudito de más o menos pobreza expresiva llamaría « un animal injustamente olvidado por la crítica ».

1. Vid. T. S. Eliot, *La tierra baldía*, traducción y estudio de J. M. Aguirre, Zaragoza, 1965, p. 63-65 ; los poemas de Machado son el I y el LXXIX, vid. mi libro *Antonio Machado, poeta simbolista*, Madrid, 1973, p. 252.

No es este el caso de Edmond Haraucourt, que sí ha sido olvidado por la crítica, pero no injustamente. Haraucourt (1856-1941) figura como escritor parnasiano en la imprescindible encuesta de Jules Huret<sup>2</sup>; fue autor de varios libros poéticos, algunas piezas teatrales y novelas. Entre aquéllos, hay uno, el primero, y primero, publicado anónimamente, *La Légende des sexes. Poèmes hystériques* (1882), conjunto de poemas (?) de carácter más o menos pornográfico, no exentos de cierto sentido del humor, que constituyen, según su autor, « l'épopée du bas-ventre »; uno de ellos, titulado, muy acertadamente, « Sonnet pointu », es, tal vez, el primer « caligrama » de la poesía francesa, en la forma de, sí, no podía ser de otra manera, un falo; la « persona » del soneto es una mujer, el primer verso dice así: « Reviens sur moi ! Je sens ton amour qui se dresse », el último: « Ha ! ». Pienso que el conocidísimo primer verso de su delicado « Rondel de l'adieu »<sup>3</sup>, « Partir, c'est mourir un peu », podría ser una de las pocas buenas razones para que Haraucourt no deba ser totalmente olvidado como poeta. En cuanto autor dramático, nos puede interesar, por el tema, su *Don Juan de Mañara* (1898), que fracasó, merecidamente, en los teatros de París<sup>4</sup>, y cuyos versos tienen en algunos casos ecos muy claros del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. No conozco ninguna de las novelas de Haraucourt, y debo confesar que siento muy poca curiosidad por conocerlas. Haraucourt fue director del museo de Cluny, amigo de Sarah Bernhardt y Jules Renard<sup>5</sup>. Algunas de sus obras merecieron (?) ser coronadas por la Academia francesa<sup>6</sup>.

Aquí quiero relacionar dos « lobos feroces », que son uno originariamente, de sendos poemas de Edmond Haraucourt y Rubén Darío. El del primero se titula, simplemente, « Le Loup »<sup>7</sup>; el del segundo, « Los motivos del lobo »<sup>8</sup>. Tal relación hay que establecerla en conjunción con una de las florecillas de San Francisco de Asís,

2. Jules Huret, *Enquête sur l'évolution littéraire*, París, 1901 (1ª ed., 1891), p. 334-340. Las declaraciones de Haraucourt son típicas de los escritores parnasianos y naturalistas, es decir, contienen un furibundo ataque contra los llamados poetas simbolistas, en nombre del racionalismo, el alejandrino y un curioso sentido patriótico de la literatura.

3. De *Seul*, París, 1891.

4. Estrenado en París, teatro nacional del Odeón, el 8 de marzo de 1898, publicado en este mismo año por Charpentier-Fasquelle. El propio dramaturgo reconoció su fiasco (« four »), vid. Jules Renard, *Journal 1887-1910*, La Pléiade, 1965, p. 486.

5. Vid. Jules Renard, *op. cit.*

6. Para una bibliografía (incompleta) de la obra de Haraucourt, véase G. Walch, *Anthologie des poètes français contemporains*, Delagrave, París, 1913 (?); para su biografía y una elogiosa crítica de su obra, consúltese *Nos poètes*, Lemerre, París, 1925, vol. II, p. 129-140.

7. De *l'Espoir du monde*, París, 1899. Se cita de E. Haraucourt, *Choix de poésies*, Charpentier-Fasquelle, París, 1922, p. 209-213.

8. En *Canto a la Argentina y otros poemas* (Madrid, 1914). Se cita de R. Darío, *Poésias completas*, ed. Alfonso Méndez Plancarte y Antonio Oliver Belmás, Aguilar, 11ª ed., Madrid, 1968.

« Donde se cuenta cómo San Francisco amansó al lobo de Gubbio »<sup>9</sup>. Según esta historia, un lobo, « que devoraba a los animales y a los hombres », tenía en perpetuo terror a los pobladores de Gubbio. Compadecido de ellos, salió un día el santo al encuentro de la temible fiera, la cual, al verle hacer la señal de la cruz, se amansó y « se echó a los pies de San Francisco ». Entre éste y el lobo se concluye un cierto tipo de contrato, por el cual el animal acepta la promesa del hombre : « yo prometo darte la comida mientras vivieres, imponiendo esta obligación a los hombres de la ciudad » ; el lobo, por su parte, promete « no hacer daño a nadie, persona o animal », y sigue a San Francisco a Gubbio, donde « murió de viejo ».

La primera parte del poema de Rubén Darío sigue paso a paso la florecilla franciscana ; su final es radicalmente distinto :

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo  
en el santo asilo,

pero

Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo  
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,  
desapareció, tornó a la montaña,  
y recomenzó su aullido y su saña.  
Otra vez sintióse el temor, la alarma,  
entre los vecinos y entre los pastores ;  
colmaba el espanto los alrededores,  
de nada servían el valor y el arma  
pues la bestia fiera  
no dio treguas a su furor jamás,  
como si tuviera  
fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando San Francisco vuelve al pueblo escucha las quejas y el llanto de sus moradores ; sale, por segunda vez, en busca del lobo, y cuando lo encuentra se entabla un diálogo entre hombre y fiera, que es uno de los más fatalistas y descorazonadores de la poesía en lengua española que conozco. Las palabras del santo son muy breves :

En nombre del Padre del sacro universo,  
conjúrote — dijo —, ¡ oh lobo perverso !  
a que me respondas : ¿ Por qué has vuelto al mal ?  
Contesta. Te escucho.

9. Se cita de *Las florecillas de San Francisco*, versión y prólogo de Federico Muelas, Salvá-Alianza (Libros RTV), Madrid, 1969, « florecilla » XXI, p. 57-59. Todavía habría sido posible aducir otra historia semejante, pero en este caso el animal es un oso : *vid.* Francis Vielé-Griffin, « l'Ours et l'Abbesse », *Poèmes et Poésie*, Paris, 1895.

La respuesta del lobo es de un devastador pesimismo :

Hermano Francisco, no te acerques mucho...  
 Yo estaba tranquilo, allá en el convento ;  
 al pueblo salía,  
 y si algo me daban estaba contento  
 y manso comía.  
 Mas empecé a ver que en todas las casas  
 estaban la Envidia, la Saña, la Ira,  
 y en todos los rostros ardían las brásas  
 de odio, de lujuria, de infamia y mentira.  
 Hermanos a hermanos hacían la guerra,  
 perdían los débiles, ganaban los malos,  
 hembra y macho eran como perro y perra,  
 y un buen día todos me dieron de palos.  
 Me vieron humilde, lamía las manos  
 y los pies. Seguía tus sagradas leyes :  
 todas las criaturas eran mis hermanos,  
 los hermanos hombres, los hermanos bueyes,  
 hermanas estrellas y hermanos gusanos.  
 Y así me apalearon y me echaron fuera.

La reacción del animal ante tal tratamiento es previsible : « entre mis entrañas revivió la fiera, y me sentí lobo malo de repente ». El santo comprende y calla.

El poema de Edmond Haraucourt, escrito en cuidados alejandrinos, resulta muy similar a la historia franciscana, si bien en él se han suprimido nombres de persona y lugar. La composición empieza con una hermosa descripción del bosque que sirve de guarida al lobo, bosque a entender como una imagen concreta de la crueldad en cuanto realidad anti-natural :

Le bois était féroce et morne : (...)  
 .. .. .  
 Il était encombré de ténèbres. L'orage  
 Torturait ses cheveux sans pénétrer en lui ;  
 L'air y stagnait, et comme un immense ressui  
 Sa profondeur était opaque de mystère :  
 La neige, en aucun temps, ne tombait jusqu'à terre ;  
 Les rayons du soleil s'écorchaient dans ses bras,  
 Et mouraient ; son humus était tranquille et gras,  
 Et ses branches restaient sans oiseaux, et ses tiges  
 Sans fleurs, et ses tapis de mousse sans vestiges,  
 Sinon d'un loup qui vivait là depuis cent ans.

Luego sigue la relación de los terribles actos del lobo, de la indignación de los hombres, que salen al campo decididos a matar la

fiera, y que son detenidos por un anacoreta, el cual les apostrofa con palabras de un absoluto pacifismo :

que la vie est sacrée,  
 Qu'elle est sainte, qu'elle est le chef-d'œuvre absolu,  
 Que tout être qui la possède est un élu,  
 Et que celui-là seul peut l'ôter, qui la donne.

El anacoreta va, solo, al encuentro de la bestia, la apacigua, dándole de comer. Lo mismo ocurre durante un indeterminado número de días, hasta que el anacoreta encuentra de nuevo al lobo,

Un soir, il lui posa sa droite sur la tête.  
 « Je suis las : tu viendras au village demain. »

le dice al lobo y

Le loup vint chez les gens et mangea dans leur main,  
 Et les petits enfants caressaient son poil raide.

La pacificación del lobo llega hasta el extremo de que la alimaña, a instancias del anacoreta, sirve de perro pastor a la comunidad :

« Loup, tes frères les chiens ont besoin de repos ;  
 C'est toi qui cette nuit garderas les troupeaux. »  
 Le loup les assembla, puis monta sur la dune  
 Et, le museau levé, s'assit au clair de lune.

Estamos, pues, ante tres versiones de una historia que, en cierto modo, rechaza la tradicional concepción del lobo como animal de crueldad irredimible. El interés de comparar esas versiones reside, creo yo, en la consideración de las tesis que sostiene cada una de ellas.

La historia de las *Floreillas* existe en función de la santidad de su protagonista humano, para mostrarla, y, al mismo tiempo, resulta ser una alegoría del Mal siendo vencido por el Bien, que, se nos dice en ella, la boca del infierno es mucho más terrible que « la boca de un pobre animal » ; la moraleja es clara : « Convertíos —exhorta San Francisco a los habitantes de Gubbio—, pues, carísimos, a Dios y haced digna penitencia de vuestros pecados, que Dios os libraré del lobo en el tiempo presente y en el futuro del fuego eternal. »

La de Haraucourt sigue, en su formación, la contenida en un poema de Alfred de Vigny<sup>10</sup>, titulado « La mort du loup », cruel

10. La admiración de Haraucourt por Vigny (y los otros románticos franceses) es evidente. En su segundo libro de poemas, *l'Âme nue* (1885), hay una composición titulada « A Alfred de Vigny ».

descripción de la muerte de un lobo con reflexión final : los hombres deben imitar el fiero y silencioso estoicismo de « les sublimes animaux » ante la muerte. El poema de Haraucourt sirve para contestar, con un « ejemplo » y afirmativamente, las preguntas de sus tres primeros versos :

Seigneur, les loups sont-ils les frères de mes frères ?  
Seigneur, dans le combat des appétits contraires,  
Est-ce que la bonté peut engendrer la paix ?

La bondad del anacoreta es capaz de transformar el implacable enemigo de los ganados en servidor de los mismos. Esta idea es aprovechada por el poeta francés en su *Don Juan de Mañana*, cuyo protagonista es aludido como « lobo »<sup>11</sup>, y que, después de su conversión justificará su vida anterior en términos muy parecidos a los empleados por el principal protagonista del poema :

J'ai fait le mal. J'ai dit : « La loi, c'est mon caprice. »  
J'eus tort. Il faut pourtant que le loup se nourrisse,  
N'est-ce pas ? J'étais loup. J'avais faim. J'ai mordu.  
Est-ce ma faute à moi ? J'ai fait ce que j'ai dû<sup>12</sup>.

El poema de Haraucourt es idealista y romántico, sólo parnasiano en sus versos, « pleins de relief et de noblesse, et d'une forme très pure »<sup>13</sup>. En este sentido, Haraucourt resulta ser un romántico trasnochado, mucho más cerca de Hugo y de Vigny que de los parnasianos, a pesar de que fuera tenido por sus contemporáneos como uno de éstos.

El poema de Rubén Darío, en tímido verso libre, mezcla de líneas de seis, once y doce sílabas, sigue fielmente, como ya he dicho, la historia franciscana, con la variante, muy poco « realista », de hacer hablar al lobo ; ahora bien, donde concluye la alegoría franciscana da comienzo la « tesis » de Darío : los hombres son aún más crueles que los lobos. La fiera, dominada por la virtud de San Francisco, puesta en contacto directo con los hombres se reconvierte en alimaña aún más pavorosa en su maldad de lo que había sido en su estado inocente y natural. La composición de Rubén contradice radicalmente la tesis de Haraucourt. La bondad de un hombre no puede nada contra la maldad de los hombres. El pesimismo del poeta hispánico es extremo, digno de ser compa-

11. *Ed. cit.*, acto II, p. 63.

12. *Ibid.*, acto IV, p. 152-3. Hay casi un cierto elemento « marxista » en los versos del poema francés : el lobo tiene « derecho » a la comida ; la que le sirve el anacoreta « ce n'est pas une aumône » ; realizado el acto reparador, cesa la lucha entre lobos y hombres (¿lucha de clases?), se restablece la paz perdida por la injusticia.

13. G. Walch, *op. cit.*

rado al de Baltasar Gracián, quien, por boca de Critilo, había afirmado : « Créeme que no hay lobo, no hay león, no hay tigre, no hay basilisco, que llegue al hombre »<sup>14</sup>. Es el hombre, según Gracián, el maestro en crueldad de las fieras : « que si los hombres no son fieras es porque son más fieros, que de su crueldad aprendieron muchas veces ellas »<sup>15</sup>. No otra cosa nos dice Rubén Darío con palabras del lobo :

Y así me apalearon y me echaron fuera.  
Y su risa fue como un agua hirviente,  
y entre mis entrañas revivió la fiera,  
y me sentí lobo malo de repente ;  
mas siempre mejor que esa mala gente.

El santo comprende muy bien « los motivos del lobo » :

El santo de Asís no le dijo nada.  
Le miró con una profunda mirada,  
y partió con lágrimas y con desconuelos.

La historia original (si lo es la de las *Floreccillas*), pasando por el romanticismo de Haraucourt, ha dado un giro completo en la pluma de un poeta modernista, quien curiosamente enlaza con la cruel y demoledora visión de un autor del Siglo de Oro español.

Resumiendo la interpretación de las tres versiones de esta historia de lobos, está claro que la primera es netamente cristiana ; la francesa es cristianismo romántico, casi lo que hoy denominaríamos « humanismo » ; la de Rubén es producto de un cristianismo que sólo podemos llamar pesimista.

Desde otro punto de observación, las tres versiones aluden al dualismo hombre-fiera, Bien-Mal ; las tres se esfuerzan en resolverlo, salvando al hombre de su animalidad, o, de otra manera, pretenden purificar al hombre venciendo su parte animal o instintiva, como ocurre en el caso del Don Juan Lobo de Haraucourt. Dos de esas versiones afirman la posibilidad de tal purificación, la tercera, la de Rubén Darío, la niega. Tal vez no podía ser de otra manera, si pensamos del poeta hispánico, no como nos le quieren presentar algunos críticos superficiales, para quienes el modernismo es el arte de la bagatela, como el poeta de princesas tristes y nenúfares, sino como el autor de ese gran poema, uno entre muchos, que lleva por título « Lo fatal », cuyos últimos versos, pienso, aportan una hermosa, aunque parcial, prueba de que

14. B. Gracián, *El Criticón*, parte I, crisis IV, en *Obras completas*, ed. Arturo del Hoyo, Aguilar, Madrid, 1967, p. 545.

15. *Ibid.*, p. 544.

mi interpretación de su historia de lobos no contiene error apreciable.

JOSÉ MARIA AGUIRRE RUIZ  
*Universidad de Wales, Cardiff*